

7 de junio de 2026 - El Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo – AÑO A

Dt 8,2-3.14-16; 1 Cor 10,16-17; Jn 6,51-58

INTRODUCCIÓN:

Un niño pequeño fue una vez con sus padres a un gran centro comercial. Por todas partes veía luces brillantes, vitrinas coloridas y estantes llenos de comida y golosinas. No dejaba de pedir dulces y bebidas, y sus padres le dieron algunas cosas. Pero al poco tiempo, se puso inquieto e insatisfecho. Finalmente, su madre lo sentó, le dio un sencillito sándwich y le dijo: “Esto es lo que realmente necesitas”. Solo entonces se sintió satisfecho. De manera muy semejante, nosotros a menudo llenamos nuestra vida con muchas cosas—trabajo, éxito, posesiones y placeres. Sin embargo, en lo profundo de nosotros permanece un hambre que nada de eso puede saciar de verdad. Podemos tener mucho y, sin embargo, sentirnos vacíos por dentro.

Hoy, en esta gran fiesta del Corpus Christi, se nos recuerda que este hambre más profundo es real—y que

Jesús mismo viene a salir a nuestro encuentro. Él nos invita nuevamente a su mesa y se nos da como el Pan de Vida, el verdadero alimento de nuestros corazones.

Al reunirnos para celebrar esta Eucaristía, reconozcamos nuestra hambre, nuestra necesidad de Dios, y también las veces en que hemos intentado llenar nuestra vida sin Él. Detengámonos ahora y pidamos su misericordia y perdón.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo,
tú ves el hambre de nuestros corazones y deseas llenarnos con tu amor: Señor, ten piedad.

Tú te nos das como el Pan de Vida, y sin embargo con frecuencia buscamos satisfacción en otras cosas: Cristo, ten piedad.

Tú nos llamas a la comunión contigo y entre nosotros, y sin embargo a veces permanecemos divididos y cerrados: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos libre de todo aquello que nos impide recibir su amor.
Que Él sacie nuestra hambre con el Pan de Vida
y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Habiendo reconocido nuestra hambre y nuestra necesidad
de la misericordia de Dios, demos ahora gloria al Padre
que nos alimenta con el Pan de Vida, al Hijo que se
entrega por nosotros,
y al Espíritu Santo que nos une en un solo cuerpo.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, tú nos invitas a la mesa de tu Hijo
y nos alimentas con el Pan de Vida.
Enséñanos a reconocer nuestra hambre más profunda
y a abrir nuestro corazón al don de tu amor,
para que, fortalecidos por este alimento celestial,
vivamos en comunión contigo y entre nosotros. Por
nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,

que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Cristo, Pan de Vida: sacia nuestra hambre más profunda y
nos une en el amor

Un joven pasó años persiguiendo el éxito. Estudió con
empeño, construyó una carrera, ganó buen dinero, viajó
mucho y llenó su vida de experiencias. Una noche,
sentado solo en su hermoso apartamento con vista a la
ciudad, sintió un extraño vacío. Todo estaba allí—y, sin
embargo, algo faltaba. “¿Eso es todo?”, se preguntó.
“¿Por qué sigo teniendo hambre por dentro?”

Esa pregunta no es solo suya. Es la pregunta silenciosa
de todo corazón humano.

Queridos hermanos y hermanas, la fiesta de hoy del
Corpus Christi habla directamente a esa hambre
escondida dentro de nosotros. Nos dice que existe un
hambre más profundo que el hambre de alimento—un
hambre de sentido, de amor, de Dios. Y nos dice que
Jesús mismo es la respuesta a ese hambre.

Hay una hermosa historia que se cuenta en la película *El festín de Babette*. Babette, que había sido una gran chef, gasta todo lo que tiene para preparar una comida magnífica para una pequeña y sencilla comunidad. Al sentarse a la mesa, sucede algo extraordinario. Viejas heridas son sanadas, los corazones se abren, la alegría regresa. No es solo la comida lo que los transforma—es el amor derramado en esa comida.

Eso es lo que celebramos en la Eucaristía. No solo pan y vino—sino amor entregado, vida compartida, Cristo mismo ofrecido a nosotros.

Después de la multiplicación de los panes, la gente quiso hacer rey a Jesús. Veían en Él a alguien que podía resolver su problema de hambre. Pero Jesús se retiró. No vino a ser un “rey del pan”, que simplemente llenara estómagos vacíos. Vino a saciar un hambre mucho más profundo—el hambre del alma humana.

Y conocemos bien ese hambre. Las personas se esfuerzan por el éxito, el reconocimiento, el placer y las experiencias—y, sin embargo, algo queda sin llenar. Como

un niño que pide dulces una y otra vez sin quedar satisfecho, a menudo llenamos nuestra vida con cosas que no pueden nutrirnos de verdad.

Una sencilla historia nos lo recuerda. Un niño pedía constantemente dulces a su madre. Ella le dio muchos, hasta que se sintió enfermo. Entonces puso ante él una comida sencilla y nutritiva y le dijo: “Esto es lo que realmente necesitas”. Del mismo modo, nuestro corazón no anhela placeres pasajeros, sino algo más profundo y duradero.

Jesús responde a ese anhelo cuando dice: “Yo soy el Pan de Vida”. No dice: “Yo les doy pan”. Dice: “Yo soy el Pan”. Él mismo es el alimento que buscamos—el sentido, la vida, el amor que nuestro corazón desea.

En la Eucaristía, esto se hace realidad. En la Última Cena, Jesús tomó el pan y dijo: “Esto es mi cuerpo”. Tomó el cáliz y dijo: “Esta es mi sangre”. En esas palabras, no dio algo, sino todo—se dio a sí mismo por completo. Y lo que comenzó en la mesa, lo llevó a plenitud en la cruz. La Eucaristía es la presencia viva de ese amor que se

entrega.

Aun hoy, vemos qué fácil es perder de vista esta hambre más profunda. Vivimos en un mundo de abundancia, donde muchas veces se come sin tener hambre. Y, sin embargo, incluso cuando el cuerpo está lleno, el alma puede permanecer vacía.

Un sacerdote preguntó una vez a un grupo de jóvenes: “¿De qué tienen realmente hambre?” Después de un momento de silencio, respondieron: “De ser aceptados... de tener un propósito... de ser amados”.

Estas son las verdaderas hambres del corazón. Y Jesús viene a encontrarlas.

Un niño recibió una vez su Primera Comunión y, después, le preguntaron por qué estaba tan feliz. Él respondió simplemente: “Porque Jesús vino a mí”. Ese es el corazón de la Eucaristía—no solo que nosotros venimos a la Misa, sino que Cristo viene a nosotros.

Y cuando lo recibimos, algo sucede. Entramos en comunión—primero con Él, y luego entre nosotros. Como nos recuerda san Pablo: “Siendo muchos, formamos un

solo cuerpo, porque participamos de un mismo pan”.

Pensemos en la mesa de una familia. Las personas se reúnen no porque sean perfectas, sino porque pertenecen. De la misma manera, el altar es la mesa del Señor. No elegimos quién está a nuestro lado, y sin embargo somos hechos uno—hermanos y hermanas en Cristo.

Por eso la Eucaristía también nos llama a cambiar. San Agustín decía: “Recibe lo que eres y conviértete en lo que recibes”. No solo somos alimentados—somos transformados. Estamos llamados a ser como Cristo, a ser “pan” para los demás—personas que dan vida, que perdonan, que aman.

También hay una llamada a recordar. En tiempos de bienestar, olvidamos fácilmente a Dios. Por eso Jesús dijo: “Hagan esto en memoria mía”. Pero esta memoria no es solo recordar el pasado—hace presente su amor aquí y ahora. Cada Misa es un encuentro vivo con Cristo.

En muchos lugares, el Corpus Christi se celebra con una procesión. La Eucaristía es llevada por las calles y la gente sigue. Es un signo poderoso de que Cristo camina

con nosotros en nuestra vida cotidiana.

Una última historia. Había un anciano que nunca faltaba a la procesión de Corpus Christi. Alguien le preguntó una vez por qué. Él sonrió y dijo: “Toda la semana intento seguirlo. Hoy dejo que Él me guíe”.

Eso es lo que estamos llamados a hacer.

Venimos a este altar con nuestra hambre—nuestras preguntas, nuestro vacío, nuestro anhelo. Y aquí, Jesús se nos da completamente. Luego nos envía—para vivir en comunión, amar como hemos sido amados y llevar su vida a un mundo hambriento.

Que vengamos con el corazón abierto.

Y que salgamos de esta mesa transformados. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Alimentados por la Palabra de Dios
y llamados a la mesa del Señor,
profesemos ahora nuestra fe
en Jesucristo, el Pan de Vida,
que sacia el hambre más profunda de nuestros corazones.

PROFESIÓN DE FE ALTERNATIVA (solo para meditación personal)

Creemos en Jesucristo,
que dio vida a los que estaban en la desesperación,
que compartió con los hambrientos,
que condujo a los oprimidos hacia la libertad,
que trajo el amor al mundo,
y que fue crucificado
porque el mundo se negó a cambiar sus caminos.
Creemos en Jesús, el Hijo de Dios,
revelador de la gloria de Dios,
el que inaugura un mundo nuevo,
a quien Dios resucitó de entre los muertos,
que vive por toda la eternidad,
que, en forma de pan y vino,
permanece con nosotros una y otra vez y nunca nos abandona.

Creemos en el Espíritu Santo,
Espíritu de comunión en el espíritu de Jesús,
Espíritu de amor, de justicia y de no violencia,

que nos une más allá de toda frontera,
y que es el Espíritu de Dios.
Creemos en Dios, Creador y Señor de toda vida,
que se nos dio a conocer en Jesús,
que es más fuerte que todos los poderes de la muerte,
y a quien pertenece el futuro por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar el pan y el vino,
sencillos dones de nuestra vida,
ofrezcamos también nuestra hambre, nuestro anhelo,
y nuestro deseo de ser colmados con el amor de Cristo, y
oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios,
Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro,
ponemos ante ti estos dones de pan y vino,
signos de nuestra vida cotidiana y de nuestro anhelo más
profundo.
Recíbelos con bondad

y transfórmalos en el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo,
para que, por este santo intercambio,
seamos alimentados, renovados
y atraídos a una comunión más profunda contigo y entre
nosotros. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y
salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu amor viste el hambre más profundo de tu
pueblo
y enviaste a tu Hijo como el Pan de Vida.
En obediencia a tu voluntad y por amor a nosotros,
se entregó completamente—su cuerpo y su sangre—
por la vida del mundo.
En la mesa de la Eucaristía
continúa alimentándonos con su propio ser,
uniéndonos a Él y haciéndonos un solo cuerpo.
Por este sagrado banquete nos fortaleces en nuestro

camino y nos conduces hacia la plenitud de la vida
donde toda hambre será saciada en ti.

Por eso, con los ángeles y arcángeles,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos de un mismo Padre,
reunidos en torno a una misma mesa,
oremos juntos con las palabras que Jesús nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente del vacío que surge
cuando buscamos la vida lejos de ti.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, alimentados con el Pan de Vida
y fortalecidos por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda
perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú eres el Pan de Vida bajado del cielo,
dado para la vida del mundo. Tú nos reúnes en torno a
una sola mesa y nos haces un solo cuerpo mediante el
don de ti mismo. No tengas en cuenta nuestras divisiones
ni nuestras faltas de amor, sino la fe y el hambre de tu
Iglesia. Alimenta en nosotros esa comunión que recibimos
de tu altar, sana lo que está roto entre nosotros,
y llévanos cada vez más profundamente a tu paz y a tu
unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor. Dichosos
nosotros que venimos a esta mesa,
con hambre de vida, de amor, de sentido—
porque aquí Cristo se nos da
como el Pan de Vida.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
has venido a nosotros en la sencillez del pan,
y sin embargo nos has dado tu propio ser. En nuestra
hambre, nos alimentas.
En nuestro vacío, nos llenas.
En nuestra debilidad, nos fortaleces. Permanece en
nosotros,
y enséñanos a convertirnos en lo que recibimos—
pan partido para los demás,
amor compartido con el mundo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios nuestro,
hemos recibido el Pan de Vida
y hemos participado del Cuerpo y la Sangre de tu Hijo.
Profundiza en nosotros esta comunión con Él
y entre nosotros,
para que llevemos su amor a nuestra vida cotidiana
y seamos signo de su presencia en el mundo. Por Cristo
nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que los alimenta con el Pan de Vida,
los bendiga y sacie el hambre de sus corazones. Amén.
Que Cristo, que se entrega a ustedes en la Eucaristía,
los haga uno en el amor
y los fortalezca para ser pan para los demás. Amén.
Que el Espíritu Santo, que los reúne en un solo cuerpo,
los guíe a vivir en comunión y en paz. Amén.
Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, + Hijo y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz. La Misa ha terminado. Vayan y
compartan lo que han recibido—lleven el amor de Cristo a
un mundo que tiene hambre de él.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Todos llevamos dentro un hambre que nada en este
mundo puede saciar completamente.
Hoy, Cristo nos recuerda: “Yo soy el Pan de Vida”.
Acércate a Él. Recíbelo.
Y conviértete en pan para los demás.

8 de junio de 2026 – Lunes, 10ª Semana del Tiempo Ordinario

1 Re 17,1-6; Mt 5,1-12

Hilo conductor: Confiar en la providencia oculta de Dios.

INTRODUCCIÓN

Un cuidador de faro recordaba cómo, durante una fuerte tormenta invernal, permaneció en su puesto durante toda la noche mientras las olas se estrellaban contra las rocas abajo. Los barcos en el mar eran invisibles, y sin embargo él mantenía la luz encendida, confiando en que, en algún lugar más allá de la oscuridad, marineros cansados estaban buscando dirección. Nunca vio los barcos que salvó, pero creía que la luz era suficiente.

De muchas maneras, la vida a menudo se siente como ese mar tormentoso: incierta, ruidosa y abrumadora. No siempre podemos ver el resultado de nuestros esfuerzos, ni percibir de inmediato el sentido de nuestras luchas. Sin embargo, la fe nos invita a confiar en que incluso los

pequeños actos de fidelidad y bondad pueden convertirse en una luz para los demás.

Las lecturas de hoy nos introducen suavemente en esta misma lógica escondida de Dios. El profeta Elías es sostenido de una manera inesperada, y en el Evangelio Jesús declara bienaventurados a aquellos que el mundo consideraría todo lo contrario de afortunados. Ambos hablan de una realidad más profunda en la que Dios provee, bendice y sostiene de maneras que no siempre son inmediatamente visibles.

Y así, al comenzar esta Eucaristía, reconocemos esos momentos en los que nuestra confianza ha vacilado, cuando no hemos vivido como hijos de la luz y cuando hemos buscado seguridad solo en lo que es visible. Con corazón humilde, nos volvemos al Señor y pedimos misericordia en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a confiar en la providencia del Padre incluso cuando no podemos ver el camino:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú revelas en las Bienaventuranzas la bendición escondida en la debilidad y en la lucha:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú eres la luz que nos guía a través de las tormentas de la vida y fortalece nuestra fe:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso,
que nunca abandona a sus hijos
sino que los sostiene con cuidado oculto,
perdone nuestros pecados cuando hemos dudado de su providencia, fortalezca nuestra confianza en su acción silenciosa en nuestra vida,
y nos conduzca más profundamente a la bienaventuranza de su Reino, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en tu sabiduría guías a tu pueblo por caminos a menudo invisibles y lo sostienes con una providencia que nunca falla, concédenos aprender a confiar en ti en todo, y, viviendo el espíritu de las Bienaventuranzas, llegar a ser signos de tu Reino en el mundo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un episodio impactante de la vida del profeta Elías abre la primera lectura de hoy. Huyendo del peligro y enfrentando la sequía, se encuentra en un lugar desolado junto al torrente de Querit. Allí, de una manera totalmente inesperada, Dios provee para él: unos cuervos le traen pan y carne por la mañana y por la tarde, y él bebe del arroyo. Es un recordatorio de que el cuidado de Dios a menudo llega por medios improbables, de maneras que desafían las expectativas humanas. Incluso en la

desolación, Elías no es abandonado; es sostenido por una providencia que actúa en silencio, con constancia y fidelidad.

Es en un mundo igualmente incierto donde Jesús proclama las Bienaventuranzas. De pie en la montaña, declara bienaventurados a los pobres de espíritu, a los que lloran, a los mansos, a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a los que trabajan por la paz y a los perseguidos por causa de la justicia. Estas no son las categorías que el mundo suele asociar con el éxito o la felicidad. Sin embargo, Jesús insiste en que son bienaventurados, no porque su situación presente sea cómoda, sino porque el futuro de Dios ya está actuando en ellos. Las Bienaventuranzas revelan una inversión escondida: lo que parece debilidad se convierte en el mismo lugar donde el Reino de Dios echa raíces.

En el corazón de la enseñanza de Jesús hay una profunda reorientación del deseo. El mundo nos enseña a aferrarnos, a competir, a asegurar nuestro lugar por la

fuerza o el logro. Las Bienaventuranzas, en cambio, describen un camino distinto: dependencia de Dios, compasión por los demás, pureza de intención y disposición a sufrir por lo que es justo. Estas no son estrategias para el éxito mundano; son actitudes que abren espacio para el reinado de Dios. Jesús no está simplemente describiendo un código moral; está pintando el retrato de una vida transformada por la presencia de Dios.

En verdad, las Bienaventuranzas no son solo instrucciones: son un autorretrato de Cristo mismo. Él es el pobre que confía todo al Padre; el misericordioso que sana y perdona; el pacificador que reconcilia a la humanidad con Dios; el que sufre por la justicia y, sin embargo, resucita en la gloria. Y nos invita a entrar en esa misma imagen, no solo por nuestras propias fuerzas, sino por la gracia que poco a poco nos transforma a su semejanza.

Se cuenta la historia de un artista a quien se le encargó pintar el retrato de un futuro rey. El niño que posó para él

no tenía nada extraordinario en su apariencia, y muchos se preguntaban cómo podría llegar a ser digno de tal honor. Sin embargo, el pintor trabajó con paciencia, creyendo en lo que aún no era visible. Años después, cuando el niño se convirtió en un gobernante sabio y justo, la gente reconoció que el retrato siempre había sido verdadero: simplemente revelaba un futuro que todavía no se veía. Así sucede con las Bienaventuranzas: revelan el retrato de la vida que Dios ya está formando en nosotros, incluso cuando todavía no podemos reconocerlo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, confiando en la providencia oculta de Dios y ofreciendo nuestras vidas con fe humilde, nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oh Señor, que proveíste para Elías en el desierto y bendices a los humildes de corazón, acepta estos dones que te ofrecemos, y en tu bondad enséñanos a confiar no

en lo que se ve, sino en tu cuidado fiel, para que nuestras vidas lleguen a ser una ofrenda agradable a tus ojos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu providencia oculta nunca dejas de guiar a tu pueblo, sosteniéndolo en tiempos de prueba y conduciéndolo por caminos que no siempre comprende.
En el desierto alimentaste a Elías con un cuidado inesperado, y en tu Hijo has revelado la bienaventuranza de aquellos que no confían en la fuerza terrena sino en tu misericordia y tu promesa.
Por Cristo, las Bienaventuranzas brillan como una luz en la oscuridad, revelando la obra silenciosa de tu Reino y la esperanza que ya vive en tus fieles.
Y por eso, con los ángeles y arcángeles, con los tronos y

dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, confiando en el Padre que conoce nuestras necesidades incluso antes de que se las pidamos, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, sostenidos por tu misericordia y confiando cada vez más en tu providencia oculta, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras caminamos con fe paciente por la senda de las Bienaventuranzas, aguardando la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que nos mostraste en tu vida la paz que brota de confiar en el Padre incluso en medio del sufrimiento y la incertidumbre, concédenos que, viviendo

como constructores de paz y apoyándonos en tu providencia silenciosa, llevemos reconciliación, esperanza y fortaleza serena a un mundo inquieto.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que nos alimenta con el pan de la vida y nos guía por caminos invisibles; dichosos los llamados a confiar en su providencia y a participar en su Reino.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En el silencio de este momento, recordamos a Elías junto al torrente—sostenido día tras día—y escuchamos nuevamente las palabras de Jesús que llaman bienaventurados a los humildes. La gracia de Dios a menudo actúa de maneras que no podemos seguir, y sin embargo, aquí, en esta Eucaristía, hemos recibido el signo seguro de su presencia fiel. Lo que está oculto no está ausente; lo que no se ve no es irreal. El Señor está

obrando en nosotros, moldeando suavemente nuestra vida según la imagen de su Hijo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos dones sagrados, te pedimos, Señor, que, confiando cada vez más firmemente en tu providencia oculta, crezcamos en el espíritu de las Bienaventuranzas, perseveremos en la fe en medio de las incertidumbres de la vida y lleguemos a configurarnos cada vez más con Cristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

El Señor los bendiga y fortalezca su confianza en su providencia amorosa, los guíe en toda incertidumbre y los haga luz para los demás en medio de las tormentas de la vida.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando en la providencia oculta de Dios y viviendo las Bienaventuranzas como luz para el mundo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La providencia de Dios es a menudo silenciosa e invisible, como la luz de un faro en la tormenta o los cuervos que alimentaron a Elías. Confía en que incluso ahora, de maneras que tal vez no reconoces, Dios está guiando, sosteniendo y dando forma a tu vida para convertirla en algo bendecido.

9 de junio de 2026 – Martes, 10ª Semana del Tiempo

Ordinario; 1 Re 17,7-16; Mt 5,13-16

Hilo conductor: “Una fe que brilla en el servicio”

INTRODUCCIÓN

En un hospital de una ciudad muy concurrida, una enfermera de turno nocturno notó una vez a un paciente anciano que no podía dormir. En lugar de limitarse a darle medicación y seguir adelante, acercó una silla, se sentó a su lado, escuchó sus temores y permaneció en silencio hasta que él se quedó dormido. No hubo anuncios, no hubo reconocimiento, y sin embargo, para ese paciente, la noche fue transformada.

Momentos como estos suelen pasar desapercibidos. No ocupan titulares, y sin embargo sostienen silenciosamente el frágil tejido de la esperanza humana. Son actos pequeños, pero llevan una luz que llega más lejos de lo que imaginamos.

Las Escrituras de hoy nos hablan de Dios que sostiene la vida a través de lo que parece pequeño y ordinario: la tinaja de una viuda que no se vacía, y los discípulos que

son llamados sal y luz del mundo. La gracia de Dios actúa con frecuencia no en lo espectacular, sino en la fidelidad expresada en la bondad cotidiana.

Al reunirnos para esta Eucaristía, somos invitados a preguntarnos dónde nuestra luz se ha debilitado, dónde nuestra sal ha perdido su sabor y dónde no hemos sabido dar vida a los demás. Y así, nos volvemos al Señor, reconociendo nuestros pecados, buscando su misericordia y renovación en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a ser la luz del mundo, y sin embargo muchas veces hemos ocultado nuestra luz por miedo o indiferencia: Señor, ten piedad.

Tú nos invitas a ser la sal de la tierra, y sin embargo hemos perdido el entusiasmo por el bien y no hemos servido a los demás: Cristo, ten piedad.

Tú nos muestras que la vida se sostiene por el amor generoso, y sin embargo hemos retenido la bondad y hemos buscado reconocimiento por nuestras obras: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso, que nos llama de las tinieblas a su luz admirable y nos renueva por medio de actos de amor humilde y generoso, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que llamas a tu pueblo a ser sal de la tierra y luz del mundo, concédenos que, alimentados por tu gracia, brillemos fielmente mediante obras de servicio humilde y compartamos generosamente lo que hemos recibido, para que tu vida abunde en los demás y tu nombre sea glorificado en todo lo que hacemos.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un guardián de faro contó una vez a un visitante que su trabajo no consistía en hacer seguro el mar ni en calmar las tormentas, sino simplemente en mantener encendida la

luz. Noche tras noche, con viento y lluvia, cuidaba la llama. Barcos que él nunca vería dependían de esa luz para encontrar su camino seguro hacia casa.

Es precisamente esta imagen la que Jesús pone ante nosotros en el Evangelio: “Ustedes son la luz del mundo... ustedes son la sal de la tierra”. No describe algo que podríamos llegar a ser algún día, sino algo que ya somos por la gracia. La cuestión es si dejamos que esa luz brille, si permitimos que esa sal sea utilizada.

En la primera lectura, Elías se encuentra con una viuda que prepara lo que cree será su última comida. Sin embargo, en su acto de generosidad sucede algo sorprendente: la tinaja de harina no se vacía y la vasija de aceite no se agota. Lo que ella entrega se convierte precisamente en el medio por el cual la vida se sostiene. Esta es la lógica del Reino de Dios: la vida se multiplica cuando se comparte.

Jesús desarrolla esta misma verdad. Ser sal de la tierra es preservar lo que es bueno en un mundo que fácilmente se corrompe en la indiferencia. Ser luz del mundo es mostrar

un camino en medio de lugares donde prevalecen la confusión y la oscuridad. Y el horizonte es amplio: no solo nuestra familia o parroquia, sino la “tierra” y el “mundo”. El discípulo no mira hacia adentro, sino siempre hacia afuera. Sin embargo, Jesús también advierte que la sal puede perder su sabor y la luz puede esconderse. Cuando la fe se convierte en un consuelo privado en lugar de un amor activo, cuando el bien se retiene en lugar de compartirse, el mundo queda privado de lo que Dios quería darle a través de nosotros. Y cuando las buenas obras se hacen para ser reconocidos y no por amor, la luz ya no es la de Dios, sino nuestra propia sombra.

El desafío, entonces, no es fabricar la luz, sino dejarla brillar. No es acumular sal, sino derramarse. Cada acto de paciencia, cada negativa a devolver mal por mal, cada bondad escondida se convierte en una chispa en un mundo oscurecido. Y en todo ello, el objetivo no es lucirse, sino que otros “vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre que está en el cielo”.

Un maestro de escuela rural recordaba cómo, en una

comunidad aislada, cada familia encendía una lámpara al anochecer y la colocaba en la ventana. No era una gran luz, pero juntas iluminaban el camino para quien regresaba tarde a casa. Nadie sabía quién necesitaba esa luz en una noche concreta, pero todos cumplían fielmente con su pequeño gesto. Y gracias a esas luces sencillas, muchos encontraban el camino de regreso.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio, ofrecido con servicio humilde y amor generoso, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe los dones que te presentamos, y así como sostuviste a la viuda por su confianza y generosidad, haz que estas ofrendas sean para nosotros fuente de gracia, para que, entregándonos en el servicio amoroso, nuestras vidas se conviertan en luz para los demás y den fruto para tu Reino.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu sabiduría eliges lo pequeño y lo humilde
para manifestar la grandeza de tu amor.
Por medio del servicio fiel de tu pueblo,
sostienes la vida, renuevas la esperanza
y haces brillar la luz en la oscuridad del mundo.
Nos llamas a ser sal de la tierra y luz para todos,
para que, por nuestras obras de amor y generosidad
silenciosa,
otros lleguen a conocer tu bondad
y te den gloria.
Por eso, con los ángeles y arcángeles,
con los tronos y dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Llamados a dejar brillar nuestra luz delante de los demás
y a confiar en el Padre que provee a todas nuestras
necesidades,
nos atrevemos a decir con confianza:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras nos esforzamos por ser luz en la oscuridad
y fieles en el servicio humilde,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles: “La paz les
dejo, mi paz les doy”,
no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu
Iglesia,

y conforme a tu palabra concédele la paz y la unidad,
para que, como luz puesta en el candelero y sal de la
tierra,
sirva al mundo con humilde caridad
y conduzca a todos a dar gloria al Padre.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que nos llama a ser luz para el mundo y alimento los unos
para los otros.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Una pequeña llama puede guiar un barco en la noche.
Un sencillo acto de bondad puede restaurar un corazón
cansado.
Lo que hemos recibido no es para guardarlo, sino para
compartirlo.
Dejemos que la luz recibida aquí brille silenciosamente en
el mundo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con este Sacramento de salvación, Señor,
te pedimos humildemente que, fortalecidos por tu gracia,
salgamos como sal de la tierra y luz del mundo,
fieles en el servicio y generosos en el amor,
para que nuestra vida dé testimonio de tu presencia que
sostiene.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso los bendiga,
y los haga firmes en la fe,
radiantes en la esperanza
y generosos en el amor,
para que sus vidas brillen como luz para los demás
y conduzcan a muchos a dar gloria al Padre.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida, y hagan brillar su luz delante de los demás.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La luz que mantienes encendida en pequeños actos fieles de amor puede ser la misma luz que guíe a alguien de regreso a casa con seguridad.

10 de junio de 2026 – Miércoles, 10ª Semana del Tiempo Ordinario

1 Re 18,20-39; Mt 5,17-19

Hilo conductor: De la Tradición al Cumplimiento

INTRODUCCIÓN

En un pequeño pueblo costero, un museo descubrió una vez una pintura descolorida guardada en sus archivos. Durante años se la consideró anticuada e irrelevante, hasta que una joven restauradora vio, debajo de las grietas y el polvo, una obra maestra de rara belleza. Pacientemente, capa por capa, la limpió, la reparó y la restauró—no cambiando su forma original, sino revelando lo que el artista siempre había querido expresar.

A menudo miramos lo que es antiguo—ya sea en el arte, la cultura o incluso la fe—y suponemos que ha sido superado. Sin embargo, una y otra vez, lo que parece gastado o pasado de moda puede contener una profundidad y una sabiduría que solo se vuelven más claras cuando se contemplan con ojos nuevos. El desafío no es descartar el pasado, sino discernir su verdad

perdurable.

En las Escrituras de hoy, Jesús habla precisamente en esta tensión entre lo antiguo y lo nuevo, entre la ley y su cumplimiento, entre la tradición y la transformación. Él nos invita no a abolir lo que ha sido dado, sino a ver su propósito más profundo ahora revelado en Él.

Al reunirnos para esta Eucaristía, pedimos la misericordia del Señor por las veces en que hemos sido rápidos para descartar lo que Dios aún quiere llevar a cumplimiento, y por las veces en que hemos resistido los caminos nuevos a los que Él nos llama a crecer. Con corazones humildes, nos volvemos a Él en nuestro acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú no viniste a abolir sino a dar cumplimiento, y sin embargo nosotros a menudo hemos despreciado lo que tú querías profundizar en nosotros: Señor, ten piedad.

Señor Jesús, tú revelas la verdad viva bajo lo que parece gastado y sin vida, y sin embargo hemos resistido tu gracia transformadora: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos formas pacientemente hacia la

plenitud de tu voluntad, y sin embargo nos hemos aferrado a lo cómodo y nos hemos negado a crecer: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso, que lleva pacientemente a cumplimiento la obra que ha comenzado en nosotros y nos llama de lo parcial a lo completo, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios,
que en tu Hijo has llevado a cumplimiento
la Ley y los Profetas
y has revelado la plenitud de tu voluntad salvadora,
concédenos no desechar lo que tú has dado,
ni resistir la novedad de tu gracia, sino, dóciles a tu
Espíritu, ser formados y perfeccionados en tu amor.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

En el monte Carmelo, el profeta Elías se encontraba solo frente a cientos de profetas de Baal. El altar estaba preparado, el sacrificio dispuesto, pero no sucedía nada— ni voz, ni fuego, ni respuesta. Entonces Elías invocó al Señor, y el fuego descendió del cielo, consumiendo la ofrenda. Lo que parecía sin vida se reveló lleno del poder de Dios. El verdadero Dios no abolió la fe de Israel, sino que reveló su verdad más profunda: “El Señor es Dios.”

En el Evangelio, Jesús hace una afirmación semejante, aunque de un modo muy distinto: “No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento.” Él se sitúa dentro de la tradición de Israel, no en contra de ella. Sin embargo, también revela que su significado es más profundo, su horizonte más amplio, su propósito más grande de lo que muchos habían comprendido. Jesús no es el final de la historia de la Ley, sino su cumplimiento desplegado.

Esto desafía nuestro instinto de dividir la realidad en “antiguo” y “nuevo”, como si lo antiguo tuviera que ser

descartado para que lo nuevo sea válido. Jesús nos invita, en cambio, al discernimiento: a reconocer qué hay en nuestra tradición que lleva la vida de Dios, y qué necesita ser purificado o llevado a su plenitud. Como el barro en manos del alfarero, la tradición no es estática; está viva en las manos de Dios, siendo constantemente modelada hacia su plenitud.

Vivimos en una época que a menudo valora la novedad por sí misma. Sin embargo, no todo lo nuevo es verdadero, y no todo lo antiguo es obsoleto. Dios siempre va delante de nosotros, atrayendo tanto el pasado como el presente hacia su futuro. Nuestra tarea no es adelantarnos a Dios con nuestras innovaciones, ni congelarlo en nuestros recuerdos, sino caminar fielmente en el despliegue de su voluntad.

En el corazón de las palabras de Jesús hay una invitación a la humildad: confiar en que Dios sigue actuando, sigue cumpliendo, sigue completando lo que ha comenzado en nosotros, en la Iglesia y en la historia.

Hace años, en un pequeño taller de alfarería, un joven

aprendiz observaba a su maestro tomar un trozo de barro—imperfecto, irregular, resistente. En lugar de desecharlo, el maestro lo colocó en el torno. Lentamente, con manos firmes, lo presionó, lo moldeó y lo centró. Lo que surgió no fue algo completamente nuevo, sino algo que el barro siempre había estado destinado a ser. El aprendiz finalmente comprendió: el maestro no destruye el pasado del barro; lo lleva a su cumplimiento.

Al salir de esta Eucaristía, volvemos a nuestras propias vidas como barro aún en el torno de las manos de Dios. Que le permitamos modelar lo bueno que hay en nosotros, purificar lo que es imperfecto y llevar a término lo que ha comenzado. Y que aprendamos a decir con confianza: “Señor, cumple tu obra en mí.”

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, así como Dios lleva a cumplimiento los dones que nos ha confiado, nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor, te rogamos, las ofrendas que ponemos ante ti, y así como una vez revelaste tu poder en lo que parecía sin vida y olvidado, así ahora lleva a cumplimiento en nosotros el misterio que celebramos, para que nuestras vidas reflejen la plenitud de tu gracia. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu sabiduría y en tu amor no has abandonado la obra de tus manos, sino que de edad en edad guías a tu pueblo y llevas a cumplimiento lo que has comenzado.

En la Ley y en los Profetas sembraste las semillas de tu verdad,

y en la plenitud de los tiempos revelaste su significado en tu Hijo, quien no abolió, sino que perfeccionó todas las cosas en el amor.

Por medio de Él continúas formando a tu Iglesia como barro en manos del alfarero, purificando lo imperfecto y llevando a término lo que es bueno, hasta que toda la creación participe de tu gloria.

Y por eso, con los ángeles y arcángeles, con los tronos y dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir, confiando en que el Padre que lleva todo a su cumplimiento completará su obra en nosotros:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, te rogamos, y así como llevas a cumplimiento la obra que has comenzado en tu pueblo, líbranos de la tentación de desechar lo que has dado o de resistir la novedad de tu gracia; concédenos la paz en nuestros días, para que, formados por tu mano paciente, seamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que no viniste a abolir sino a dar cumplimiento y a reunir todas las cosas en la paz de tu Reino, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que lleva a cumplimiento la promesa de la salvación
y revela la plenitud del amor del Padre.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, nos has alimentado con la plenitud de tu vida.

Donde estamos incompletos, continúa tu obra.

Donde somos resistentes, moldéanos con suavidad.

Donde somos fieles, llévanos a la plenitud.

Que nada en nosotros se pierda,

sino que todo sea recogido en tu propósito.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la acción de este don celestial, Señor, te rogamos,
tome posesión de nuestra mente y de nuestro cuerpo,

para que sus efectos, y no nuestros deseos,
prevalezcan siempre en nosotros;

y así como has comenzado en nosotros una buena obra,
llévala a cumplimiento en Cristo.

Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

La bendición de Dios todopoderoso,
que cumple pacientemente su obra en ustedes
y los conduce de lo incompleto a lo perfecto,
descienda sobre ustedes,
el Padre, y el Hijo ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida,
permitiéndole llevar a cumplimiento lo que ha comenzado
en ustedes.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios no descarta el pasado—lo lleva a su cumplimiento.
Déjate modelar por Él con paciencia,
confiando en que lo que ha comenzado, lo llevará a
término.

11 de junio de 2026 – Jueves, 10ª Semana del Tiempo Ordinario San Bernabé

Hch 11,21-26; 13,1-3; Mt 10,7-13

Hilo conductor: Crear espacio para que otros florezcan en Cristo.

INTRODUCCIÓN

Una joven maestra entró una vez en un aula donde un niño se sentaba en silencio al fondo, rara vez hablaba y con frecuencia pasaba desapercibido. Una tarde, la maestra notó que el niño hacía dibujos intrincados en los márgenes de su cuaderno. En lugar de corregirlo, puso un bloc en blanco sobre su pupitre y simplemente le dijo: «Sigue adelante». Años más tarde, ese niño se convirtió en un diseñador reconocido, recordando siempre aquel momento en que alguien vio lo que otros no habían visto. A menudo subestimamos cuánto puede cambiar una vida un solo gesto de reconocimiento. Una palabra de aliento, un momento de confianza o la disposición de notar un potencial oculto pueden abrir puertas que habían estado cerradas por mucho tiempo. Por el contrario, la

indiferencia puede dejar dones enterrados y vocaciones sin realizar.

La fiesta de hoy de san Bernabé nos invita a reflexionar sobre ese ministerio silencioso pero poderoso del aliento en la vida de la Iglesia. Bernabé no se definió por palabras dramáticas ni por acciones espectaculares, sino por su capacidad de ver la gracia obrando en lugares inesperados y en personas poco probables.

Al comenzar esta celebración, reconocemos aquellos momentos en que no hemos animado a otros o hemos sido lentos en reconocer la obra de Dios en medio de nosotros. Volvémonos ahora al Señor, pidiendo misericordia y corazones como el de Bernabé, dispuestos a ver y apoyar el bien en los demás, mientras nos preparamos para el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Señor Jesús, tú ves los dones ocultos en cada persona y los llamas con amor: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú animas a los desalentados y das valor a quienes dudan de sí mismos: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos envías a crear espacio para que otros crezcan en tu gracia y misión: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Padre misericordioso,
tú enviaste a tu siervo Bernabé para reconocer tu gracia obrando en personas y lugares inesperados.
Perdónanos por las veces en que hemos pasado por alto a los demás, hemos negado el aliento
o no hemos cultivado los dones que has sembrado en nuestros hermanos y hermanas.
Renueva en nosotros corazones generosos y atentos,
para que podamos alegrarnos en el crecimiento de los demás y ayudarlos a florecer en Cristo.
Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios,
que llenaste a san Bernabé de fe y del Espíritu Santo para reconocer tu gracia y fomentar el crecimiento de tu Iglesia, concédenos que, inspirados por su ejemplo, acojamos a los demás con generosidad de corazón y ayudemos a cada persona a florecer en los dones que tú le has dado.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una pequeña parroquia acogió una vez a un nuevo voluntario que comenzó a ayudar discretamente en la mesa del café de los domingos. Era tímida, insegura de sí misma y dudaba al conversar. Un día, otro voluntario notó cuán naturalmente escuchaba a las personas y con qué facilidad ellas se abrían a ella. En lugar de dejarla en la periferia, la invitó a coordinar el ministerio de acogida de la parroquia. Lo que comenzó como vacilación se transformó

poco a poco en confianza, y la parroquia descubrió una presencia llena de dones que de otro modo habría pasado desapercibida.

Este es el espíritu que vemos vivo en Bernabé. Los Hechos de los Apóstoles lo presentan como un hombre capaz de reconocer la mano de Dios en situaciones nuevas y desconocidas. Cuando la Iglesia en Antioquía comenzó a acoger a los gentiles en la fe, muchos dudaban. Pero Bernabé vio algo diferente: «vio la gracia de Dios y se alegró». No resistió la novedad; la alentó. Le dio espacio para crecer.

Más aún, Bernabé tuvo el valor de ver el potencial en personas que otros habían descartado. Fue a Tarso para buscar a Saulo —el antiguo perseguidor de la Iglesia— y lo llevó al corazón de la comunidad de Antioquía. Al hacerlo, se convirtió en quien hizo posible uno de los mayores viajes misioneros de la historia. El extraordinario ministerio de Pablo fue, en cierto sentido, posible gracias a la generosidad de espíritu de Bernabé. Por eso la Iglesia primitiva lo llamó «hijo de la consolación».

Jesús, en el Evangelio de hoy, envía a los discípulos a proclamar que el Reino de los cielos está cerca. Les dice que den gratuitamente, porque gratuitamente han recibido. Bernabé encarna esta lógica evangélica. Él comprende que lo que recibimos de Dios no está destinado a guardarse, sino a compartirse—y a veces a compartirse precisamente dando un paso al costado para que otros puedan avanzar.

Hay una santidad sutil pero profunda en esta clase de humildad. Es la humildad de Juan el Bautista que dice: «Es necesario que él crezca y que yo disminuya». Es la humildad de quien no se alegra por ser indispensable, sino por ver la obra de Dios florecer a través de otros. Bernabé nos enseña que la misión no se trata solo de lo que hacemos, sino también de lo que hacemos posible en los demás.

Un catequista jubilado permaneció en su parroquia mucho tiempo después de haber terminado su ministerio formal. Ya no tenía ningún título, pero siempre estaba presente: animando a los jóvenes líderes, afirmando a los lectores

inseguros y recordando suavemente a las personas los dones que poseían. Cuando le preguntaban por qué seguía tan comprometido, respondía sencillamente: «Mi tarea ahora es asegurarme de que nadie olvide que está llamado». A su manera, se había convertido en un Bernabé para su comunidad.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, como san Bernabé, ofrezcamos no solo estos dones de pan y vino, sino también nuestra disposición a animarnos y sostenernos unos a otros, para que la gracia de Dios dé fruto en cada corazón, y que mi sacrificio y el de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Santifica, Señor, las ofrendas que presentamos en tu altar en la fiesta de san Bernabé, y concédenos que, así como él reconoció y fomentó los dones de los demás, también nosotros nos ofrezcamos generosamente para el crecimiento de tu Iglesia y el florecimiento de todo tu pueblo. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo nuestro Señor.

Porque tú suscitaste a san Bernabé como fiel servidor del Evangelio, un hombre de corazón generoso que vio tu gracia obrando en los demás y se alegró en su vocación. Él animó a los dudosos, acogió al forastero y dio espacio para que tu Espíritu hiciera surgir vida nueva en tu Iglesia.

Por su ejemplo, nos enseñas que los dones que concedes no son para guardarse, sino para compartirse, y que la verdadera grandeza consiste en ayudar a otros a crecer en santidad y en la misión.

Por eso, con los ángeles y arcángeles, con los tronos y dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir: que, como san Bernabé, confiemos en la generosidad del Padre y nos ayudemos unos a otros a crecer como sus hijos amados.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación.

Fortalécenos, como a san Bernabé,
para ser instrumentos de aliento y de paz,
creando espacio para que otros florezcan en la fe y en el amor,
para que tu Iglesia crezca en unidad y alegría,
mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú enviaste a tus discípulos a anunciar tu Reino
y a llevar tu paz a cada hogar y a cada corazón.
Por el ejemplo de san Bernabé,
enséñanos a construir la paz reconociendo y cultivando los dones de los demás, para que nadie quede al margen y todos puedan florecer en tu amor.

Haz de nuestras comunidades lugares de acogida y de aliento, donde tu paz eche raíces y crezca mediante el cuidado mutuo y la confianza.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que llama a cada uno por su nombre y nos invita a participar de su vida.

Dichosos los invitados a la cena del Señor,
que, animados por el ejemplo de san Bernabé,
se acercan a la mesa dispuestos a recibir y a dar en el amor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, en esta Eucaristía nos has alimentado con tu propia vida.

Así como san Bernabé se alegraba en los dones de los demás,
enséñanos a ver tu gracia actuando a nuestro alrededor.
Que salgamos de este lugar atentos al potencial silencioso en cada persona,
dispuestos a animar, a confirmar y a dar espacio para que tu Espíritu haga dar fruto de maneras que quizá nunca lleguemos a ver plenamente.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te pedimos, Señor,
que los misterios que hemos recibido en la fiesta de san Bernabé nos fortalezcan en la fe y en la caridad,
para que, animados por su ejemplo, reconozcamos tu gracia en los demás y los ayudemos a crecer en la vida de Cristo.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios,
que llenó a san Bernabé del Espíritu Santo y lo hizo fiel animador de su pueblo,
les conceda corazones que sepan reconocer el bien en los demás
y la valentía para ayudarlo a florecer.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz,
glorificando al Señor con su vida y animándose unos a otros,
y, como san Bernabé,
creando espacio para que todos florezcan en Cristo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Como san Bernabé, busca esta semana un don escondido en alguien... y ayúdale a crecer.

12 de junio de 2026 – Viernes, El Sagrado Corazón de Jesús –

Dt 7,6-11; 1 Jn 4,7-16; Mt 11,25-30

Hilo conductor: El corazón de Dios es un amor que permanece con nosotros en el sufrimiento.

INTRODUCCIÓN

Una mujer regresó una vez a la casa de su infancia después de muchos años de ausencia. La casa estaba ahora casi vacía, pero en un rincón de la sala encontró un antiguo cuadro enmarcado del Sagrado Corazón de Jesús, ligeramente descolorido, con un pequeño gancho encima donde antes colgaba una luz. Recordó cómo, de niña, aquella luz roja brillaba suavemente por las tardes. Hacía que la habitación se sintiera distinta—más segura, más tranquila, como si Alguien invisible pero cercano velara por ellos. De pie allí, años después, en el silencio, comprendió que no era la imagen la que había cambiado, sino su capacidad de reconocer aquello a lo que siempre había estado apuntando: un amor que permanece.

Ese descubrimiento silencioso nos introduce en el misterio que hoy celebramos: el Sagrado Corazón de Jesús.

Sin embargo, esta fiesta a menudo es mal comprendida. Para algunos, evoca imágenes sentimentales, excesos devocionales o una espiritualidad “dulce” que parece fuera de lugar frente a las duras realidades de la vida. En un mundo marcado por el sufrimiento, la injusticia y preguntas sin respuesta, puede parecer que hablamos de consuelo ignorando el dolor.

Pero el Evangelio rechaza esa reducción. El Corazón de Jesús no es una idea sentimental. Es un corazón traspasado, coronado de espinas, abierto en la cruz.

Al mismo tiempo, la Escritura proclama con sorprendente sencillez: Dios es amor. Y ese amor se ha revelado en Jesucristo, quien dice en el Evangelio de hoy: “Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré”. Esto no es una huida del sufrimiento, sino una invitación a la comunión con Aquel que ha entrado en él.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, al acercarnos al Corazón de Jesús, traspasado pero ardiente de amor por nosotros, reconozcamos cuántas veces hemos confundido el amor con un consuelo sin costo, y no hemos sabido reconocer la presencia de Cristo en el sufrimiento—el nuestro y el de los demás.

Él permanece con nosotros, pero nosotros no siempre hemos permanecido con Él en la confianza. Pidamos misericordia, para que nuestros corazones se abran al suyo.

Señor Jesús, cuyo Corazón está herido de amor por nosotros, Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, que permaneces cercano a los que sufren y se sienten abandonados, Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, que llamas a los cansados y agobiados a encontrar descanso en Ti, Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros y, por el Corazón traspasado de su Hijo, que ha entrado en lo profundo del sufrimiento humano y ha permanecido fiel en el amor, perdone nuestros pecados, sane lo que está herido en nosotros y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en el Corazón de tu Hijo amado nos revelas la plenitud de tu amor, concédenos comprender más profundamente que este amor no se aparta del sufrimiento, sino que entra en él para permanecer con nosotros y redimirnos.

Así como nos has elegido por amor y nos has acercado a Ti en Cristo, transforma nuestros corazones para que sean firmes en la compasión y fieles en el amor,

incluso cuando amar es costoso y se oculta en la oscuridad de la prueba.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

El Sagrado Corazón de Jesús revela el núcleo mismo de Dios. La segunda lectura nos lo dice claramente: Dios es amor. Sin embargo, no se trata de una definición abstracta. Es una realidad vivida, hecha visible en el envío del Hijo, en su vida, muerte y resurrección. El amor de Dios tiene un rostro, un cuerpo y un corazón que late dentro de la historia humana.

La reflexión que hemos escuchado nos ayuda a resistir toda tentación de convertir este misterio en algo inofensivo o decorativo. La corona de espinas, la herida del costado y el grito de abandono desde la cruz—“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”—nos confrontan con la

verdad de que el amor divino entra plenamente en el sufrimiento humano. No permanece fuera de él.

Este es el significado radical del Sagrado Corazón: Dios no explica el sufrimiento desde la distancia; lo comparte desde dentro. El corazón traspasado de Cristo revela a un Dios que no es ajeno al dolor, sino que se hace vulnerable a él.

Y, sin embargo, este Corazón no solo se revela en el sufrimiento padecido; también se manifiesta en un amor que busca. El pastor que busca la oveja perdida, el Padre que corre a abrazar al hijo pródigo, y la propia invitación de Jesús—“Vengan a mí”—muestran un amor activo, perseverante y profundamente personal. Nada ni nadie es olvidado.

San Pablo profundiza este misterio cuando ora para que Cristo habite en nuestros corazones por la fe. El Sagrado Corazón no es solo algo que contemplamos en Cristo; es algo que busca formarse en nosotros. Cuando Cristo vive en nosotros, nuestros propios corazones comienzan a ser

transformados—capaces de paciencia, compasión y amor fiel.

Por eso, la devoción al Sagrado Corazón no puede quedarse en la admiración. Debe convertirse en imitación. Honrar su Corazón es permitir que nuestros corazones se configuren con el suyo: permanecer presentes donde otros se retiran, amar donde amar cuesta, y perseverar donde el amor es puesto a prueba.

Una enfermera de hospital dijo una vez que las noches más difíciles no eran aquellas con más emergencias, sino aquellas en que los pacientes se sentían solos. “A veces”, decía, “lo que más sana a las personas no es una cura, sino alguien que permanezca lo suficientemente cerca para que sepan que no están abandonadas”. En esos momentos, algo del Corazón de Cristo vuelve a hacerse visible en la carne humana.

Esa es la invitación de esta fiesta: no solo creer en el amor de Dios, sino convertirnos en su presencia para los demás.

Se cuenta la historia de un guardián de faro en una costa azotada por una violenta tormenta. Las olas golpeaban las rocas, y un barco luchaba desesperadamente mar adentro. El guardián no podía calmar el mar ni rescatar la embarcación. Pero podía cuidar la luz. Durante toda la noche la mantuvo encendida, sabiendo que los marineros lejanos dependían de su llama constante. Más tarde, los sobrevivientes dijeron que lo que los salvó no fue su propia fuerza, sino la visión de aquella luz inquebrantable en la oscuridad.

Así es el Corazón de Cristo. No siempre elimina la tormenta, pero permanece dentro de ella. No suprime la noche, pero se convierte en su luz.

Y nosotros, reunidos en torno a este altar, somos invitados a recibir ese Corazón—y a convertirnos, a nuestra pequeña medida, en portadores de su luz: vidas que testimonian en silencio que el amor no se ha retirado del mundo, y que el Corazón de Dios sigue permaneciendo con nosotros en todo sufrimiento.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Presentemos al Señor estos dones de pan y vino, signos de nuestras vidas, a menudo cargadas y heridas, pero colocadas en el Corazón de Cristo, que transforma el sufrimiento en comunión y el amor en redención, y oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, al ofrecer estos dones, acepta también la ofrenda escondida de nuestros corazones, tan a menudo cansados, heridos o inseguros de tu cercanía.

Por esta Eucaristía, únenos al sacrificio de tu Hijo, cuyo Corazón permaneció abierto incluso en el sufrimiento, para que también nosotros aprendamos a amar con perseverancia y confianza. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo nuestro Señor.

Porque en el Sagrado Corazón de tu Hijo, traspasado en la cruz y ardiente de amor por el mundo, has revelado que tu amor divino no permanece distante del sufrimiento humano, sino que entra plenamente en él para permanecer con nosotros dentro de él.

Él es el Pastor que no evita a los perdidos, sino que sale a buscarlos; el Hijo que no se aparta del abandono, sino que clama en solidaridad con toda oscuridad humana; el Señor que no explica el sufrimiento desde lejos, sino que lo abraza desde dentro,

de modo que ningún lugar de dolor está ya sin su presencia.

De su costado abierto brota la vida de la Iglesia, y de su Corazón la certeza de que nadie es olvidado, ninguna herida es ignorada, ninguna carga se lleva en soledad.

Por eso, con corazones renovados por este misterio de amor fiel, nos unimos a los coros de los ángeles y los santos, que proclaman sin cesar tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos de un Padre cuyo amor se revela en el Corazón de Cristo, y como aquellos invitados por Jesús a acudir a Él con nuestras cargas, nos atrevemos a decir con confianza la oración que Él mismo nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, sostenidos por el Corazón de tu Hijo, seamos liberados del miedo, la desesperación y el aislamiento, y fortalecidos para permanecer fieles en el amor en medio de toda prueba, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, cuyo Corazón permaneció abierto incluso en la hora del sufrimiento, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad.

En un mundo marcado por el sufrimiento y la soledad, haz que tu paz arraigue en nosotros,

para que seamos instrumentos de tu presencia
consoladora para los demás.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Corazón de Cristo,
que no pasa de largo ante nuestra debilidad, sino que
viene a habitar con nosotros.

Dichosos los invitados a la cena del Señor,
que encuentran en Él no solo alimento, sino amor que
permanece.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido a Aquel cuyo Corazón está abierto para
nosotros.

No promete una vida sin sufrimiento, sino un amor que
permanece dentro de él.

En silencio, reconocemos que Él está cerca—no solo en
los momentos de consuelo,
sino también en la perseverancia silenciosa de la fidelidad
cotidiana.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con el Sacramento del Cuerpo y la Sangre de
tu Hijo,
te pedimos, Señor, que conformes nuestros corazones al
suyo:
firmes en el amor, presentes en el sufrimiento y fieles en la
esperanza.

Que esta comunión profundice en nosotros la certeza
de que nada puede separarnos del amor manifestado en
Cristo Jesús.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, cuyo Corazón se revela en el Corazón
traspasado de su Hijo,
los fortalezca en toda prueba de la vida,
para que nunca duden de su cercanía en el sufrimiento
ni pierdan la esperanza en los momentos de oscuridad.

Que Cristo Jesús, que dice “Vengan a mí todos los que
están cansados y agobiados”,

los atraiga cada vez más hacia Él,
y haga sus corazones mansos, compasivos y firmes en el amor,
para que reconozcan su presencia en los que sufren.

Y que el Espíritu Santo, que derrama el amor de Dios en nuestros corazones,
los transforme en signos vivos de ese mismo amor en el mundo, llevando consuelo a los cansados y luz a los que caminan en la oscuridad.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, fortalecidos por el Corazón de Cristo,
para permanecer con los que sufren,
amar donde amar cuesta,
y dar testimonio de que el amor de Dios no abandona al mundo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El Corazón de Jesús no quita toda cruz,
pero permanece dentro de cada cruz—
y así el amor nunca está ausente, incluso en el sufrimiento.

13 de junio de 2026 – Sábado, 10ª Semana del Tiempo Ordinario

1 Re 19,19-21; Mt 5,33-37

Hilo conductor: “Que tu sí sea sí.”

INTRODUCCIÓN

Una maestra de escuela dio una vez a sus alumnos un ejercicio sencillo: escribir una promesa que hubieran hecho recientemente y decir si la habían cumplido. Un niño escribió: “Le prometí a mi madre que limpiaría mi habitación”. Cuando le preguntaron si lo había hecho, dudó y luego dijo: “Quise decir que sí, pero en realidad no lo decía en serio”. La maestra sonrió con tristeza y escribió una frase en la pizarra: “A veces nuestras palabras llegan antes que nuestra voluntad”.

En la vida diaria, a menudo descubrimos cuán fácilmente las palabras pueden volverse más ligeras que las acciones. Promesas hechas con prisa, seguridades dadas para evitar incomodidades, o compromisos pronunciados para agradar a otros pueden alejarse de la verdad que

estaban destinados a expresar. Sin embargo, la comunidad humana depende de palabras en las que se pueda confiar.

Las Escrituras de hoy hablan de una respuesta decisiva y de un lenguaje veraz: Eliseo dejando todo para seguir a Elías, y Jesús llamando a sus discípulos a una forma de hablar en la que la verdad no necesita ser reforzada con juramentos. Ambas lecturas señalan una vida donde las palabras y las acciones están unidas.

Antes de entrar en esta llamada a la integridad y al discipulado, reconocemos aquellos momentos en que nuestras palabras no han coincidido con nuestro corazón, cuando hemos hablado sin plena honestidad o hemos vivido sin plena fidelidad. Pedimos al Señor misericordia y sanación al comenzar esta celebración.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú eres el “Sí” fiel del Padre:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos llamas a la verdad sin disfraz ni juramento: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú nos invitas a seguirte con un corazón indiviso: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, que sabemos cuán fácilmente nuestras palabras superan nuestra verdad y nuestras intenciones fallan en fidelidad. Que Él nos perdone por cada promesa pronunciada sin decisión, por cada compromiso dejado sin cumplir, y por cada momento en que nuestro hablar no ha reflejado la sinceridad de nuestro corazón. Que Él sane en nosotros la división entre lo que decimos y lo que vivimos, y nos lleve, como a Eliseo llamado desde el arado, a una respuesta total a su gracia. Que Él nos fortalezca para ser discípulos cuyo “sí” sea

sencillo, cuyo “no” sea claro, y cuyas vidas den testimonio de Cristo, la Verdad viva. Y así, habiendo recibido el perdón de nuestros pecados, caminemos siempre en su verdad y lleguemos a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nos enseñas que el verdadero discipulado se encuentra en la integridad del corazón y en la verdad del hablar, concédenos la gracia de seguirte con el “sí” total de Eliseo, y de vivir como tu Hijo nos enseñó, sin duplicidad ni falsedad. Forma en nosotros palabras confiables y vidas coherentes, para que en todo demos testimonio de tu verdad. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un juez comentó una vez acerca de un testigo en el tribunal: “No necesité recordarle que estaba bajo juramento. Sabía que diría la verdad aunque no hubiera habido juramento alguno”. Ese tipo de persona es raro, pero profundamente admirado: alguien cuya palabra tiene peso simplemente porque su vida es coherente.

En la primera lectura, Eliseo nos ofrece una imagen impactante de tal integridad. Cuando Elías lo llama, Eliseo no duda a medias. No negocia retrasos ni condiciones. Sacrifica los bueyes, quema el arado y lo sigue. Sus acciones dicen lo que sus labios ya han dicho: “Sí”. No hay vuelta atrás, no hay corazón dividido. Su vida se convierte en una sola respuesta.

Jesús, en el Evangelio, lleva esto a su expresión más profunda. “No juren en absoluto... que su ‘sí’ sea sí y su ‘no’ sea no”. No está simplemente regulando el lenguaje; está sanando la división entre la palabra y la verdad. En el Reino de Dios, las palabras no se refuerzan con

juramentos porque la verdad está llamada a habitar en la persona. La vida de un discípulo debe ser tan transparente que la confianza surja de manera natural.

Por eso Jesús mismo es el “Sí” perfecto. Como dice san Pablo, en Él no hay “sí y no”, sino solo “sí” al Padre y “sí” a la humanidad. Toda su vida es verdad indivisa. Incluso cuando dice “no” a la tentación, al compromiso o al engaño, lo hace al servicio de un “sí” más profundo a la voluntad del Padre y a nuestra salvación.

Sin embargo, nuestro mundo a menudo vive con un lenguaje fragmentado: promesas que cambian según la conveniencia, compromisos que dependen de la ventaja, y verdades ajustadas a las circunstancias. Jesús llama a sus discípulos a una coherencia diferente: que nuestro hablar, como nuestra vida, sea digno de confianza sin necesidad de refuerzos, porque brota de un corazón formado por Dios.

El desafío no es la perfección inmediata, sino la dirección del camino: llegar a ser personas en quienes otros puedan

confiar con seguridad, porque han aprendido, lenta y humildemente, a confiar en Dios. Como escribe más tarde Santiago: “Que su sí sea sí”.

Se cuenta la historia de una mujer anciana en un pequeño pueblo que era conocida por su fidelidad en las cosas sencillas. Cada mañana, abría su casa a quien necesitara ayuda, y nunca prometía lo que no podía cumplir. Si decía que iría, iba; si decía que rezaría, rezaba. Cuando le preguntaron cómo había aprendido a vivir así, respondió: “Aprendí a hablar menos y a cumplir más, delante de Dios”.

Cuando murió, muchos en el pueblo decían: “En ella, la palabra y la vida eran una sola cosa”.

Esta es la santidad silenciosa a la que Jesús nos invita: no declaraciones ruidosas, sino una vida en la que la verdad esté tan profundamente arraigada que incluso nuestras palabras más sencillas se conviertan en signos fiables de la fidelidad de Dios que actúa en nosotros.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Queridos hermanos y hermanas,
al presentar estos dones, ofrezcamos también nuestro propio deseo
de ser personas cuyas vidas y palabras sean una sola cosa en Cristo.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe los dones que te presentamos,
y transfórmalos en el Sacramento de la verdad y la fidelidad.
Que nuestra ofrenda nos una más estrechamente a Cristo,
que es el “Sí” perfecto a tu voluntad,
para que ya no vivamos con un lenguaje dividido,
sino en un discipulado sincero de corazón y de vida.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,

Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
porque llamas a tu pueblo no solo a decir la verdad,
sino a convertirse en verdad en el amor.

En tu Hijo, Jesucristo,
todas las promesas que has hecho encuentran su
cumplimiento,
pues en Él no hay “sí y no”,
sino solo el perfecto “sí” de la salvación.

Él nos enseña que el Reino no se construye sobre
garantías juradas,
sino sobre corazones transformados por la gracia,
donde las palabras son sencillas porque la vida es sincera.

Por Él el discípulo humilde aprende
que seguirte es una respuesta única e indivisa—
como Eliseo que lo dejó todo y siguió de inmediato,
como los santos que confiaron en tu palabra sin reservas.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, te aclamamos:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza,
nos atrevemos a decir con corazón sencillo y verdadero:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente del engaño que divide nuestras palabras de
nuestro corazón, y del temor que debilita nuestro “sí” a tu
voluntad.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
seamos personas íntegras,
fieles en lo pequeño y constantes en lo grande,
como Eliseo que lo dejó todo para seguir tu llamada sin
vacilar.

Líbranos del pecado y de toda perturbación
que nos tienta a hablar falsamente o a actuar con tibieza,
mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro
Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,

Tú eres la Verdad que habla sin engaño
y la Paz que reconcilia los corazones divididos.

No tengas en cuenta nuestros fallos al cumplir nuestra
palabra, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele la unidad y la paz según tu verdad.

En tu misericordia, sana nuestras divisiones interiores
para que nuestro “sí” sea sincero y nuestro “no” fiel al
amor.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
el que es vida de verdad perfecta y fidelidad plena.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Cuerpo de Cristo,
hemos recibido a Aquel cuya palabra es siempre
verdadera y cuyo obrar es amor fiel.

Que este sacramento nos fortalezca
para llegar a ser lo que hemos recibido:
personas de palabra sencilla,
de promesas fieles,
y de vidas que reflejen el “Sí” indiviso de Cristo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la gracia de este Sacramento, Señor,
renueve nuestros corazones en la verdad y en la sencillez
de vida.

Concédenos que, fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre
de Cristo,
vivamos con integridad de palabra y de obra,
dando testimonio de tu amor fiel en todo lo que hacemos.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que los llama a la verdad,
fortalezca sus corazones en la fidelidad.
Que libere su palabra de toda falsedad
y sus acciones de toda división.

Y que los guíe a vivir como verdaderos discípulos suyos,
cuyas vidas reflejan la luz de su amor fiel.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz,
y que su “sí” sea sí
y su “no” sea no,
dando testimonio de Cristo con la palabra y la vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Un discípulo de Cristo no necesita muchas palabras—
solo una vida en la que cada palabra pueda ser creída.